

Tercer Premio Redacción Estudiantes

Un lugar muy especial

Ayer conocí a una niña. Parecía que tenía mucho dinero, pero ella me contó que no siempre fue así...

Ella tenía muchos hermanos y sus padres eran bastante jóvenes, así que no tenían mucho dinero, pero salían adelante gracias a su abuela, que les ayudaba a pagar el alquiler.

A principio del Covid-19, la empresa en la que sus padres trabajaban subió como la espuma en cuanto a ventas, pero tristemente, a principios del confinamiento, se vio obligada a cerrar, ya que era una inmobiliaria y con todas empresas y fábricas que estaban cerrando nadie, o casi nadie, tenía el dinero suficiente como para comprar un campo o alquilar un piso.

Cuando sus padres iban a comprar al supermercado no tenían dinero para comprar protección como mascarillas o guantes, así que se ponían pañuelos y bufandas que les taparan nariz y boca, pero eso apenas protegía.

Un día, cuando ella y su familia bajaron al garaje a por la pelota de su hermano menor, se encontró con una vieja máquina de coser. Su madre le dijo que en algún momento fue de su bisabuela. Cuando entró en casa, lo primero que se le pasó por la cabeza fue rebuscar en su armario y coger las camisetas viejas que ya no usaba y, mirando a través de un tutorial sobre cómo hacer una mascarilla, hizo una, y cuando se la fue a enseñar a su madre ella alucinó, así que no se le ocurrió mejor idea que regalársela a su madre.

Al día siguiente, su madre la llevó para ir a comprar. Cada 10 minutos, la gente se paraba a preguntarle de dónde era su mascarilla, a lo que ella respondía: son de un lugar muy especial. Cuando ella decía eso todos abrían los ojos como platos y la miraban con cara de extrañados.

Al llegar a casa, le comentó a su hija que todos en el supermercado le habían preguntado que de dónde era esa maravillosa mascarilla. A partir de ese momento, todos los días, cuando terminaba los deberes, hacía una mascarilla. A medida que pasó el tiempo, ella se fue informando y se dio cuenta que, si les ponía un filtro, les protegería aún más, así que después de varias semanas ahorrando obtuvo

el suficiente dinero como para comprar filtros y tela especial para mascarillas.

Cada vez que su madre iba al supermercado, la gente le preguntaba más y más por aquellas mascarillas. Al darse cuenta de que a la gente le gustaban tanto, decidieron crear una página web en la cual pudiera vender esas maravillosas mascarillas.

Las primeras semanas hubieron 3 pedidos, pero ella y su madre seguían con la esperanza, hasta que un día una famosa influencer les compró una y subió una foto en sus redes sociales diciendo que le había encantado. Desde ese momento, los pedidos empezaron a aumentar más y más hasta que obtuvieron el suficiente dinero para montar una empresa y pagar el alquiler de un local. Sus mascarillas se hicieron tan famosas que los pedidos internacionales no tardaron en llegar. Todo iba genial hasta que una cliente preguntó el porqué del nombre de la empresa, ya que se llamaba mascarillas "Gabriela", que era el nombre de la niña. Esa pregunta le dio por pensar, así que la decidió llamar "Un Lugar Muy Especial", en honor a lo que le decía su madre a la gente que le preguntaba en el supermercado.

Pero por mucho dinero que tengan ahora, no se pueden olvidar de su pasado y de la gente necesitada. Así que, por cada mascarilla que venden, destinan un 20% del dinero que ganan a las familias necesitadas, ya sea por el Covid o cualquier otro motivo.

También, de vez en cuando, van a visitar colegios para hablarles de la importancia de la mascarilla, ya que no es un simple trozo de tela con cuerdas y, aunque sea incomodo, puede salvar vidas.

Y recuerda: ponte bien la mascarilla y lávate las manos cuando vuelvas de la calle.

Fin.

Aitana Valero Clement

11 años

C.C. SAN JOSÉ DE CALASANZ

Elche (Alicante)

Cuarto Premio Redacción Estudiantes

La ley de Matías

Suena el despertador, Matías lo mira y ve que son las seis de la mañana. Se levanta de la cama, se pone su traje de bombero y se va a desayunar. Solamente le quedan unas galletas rancias, coge un vaso de leche y se las toma. Al acabar, se asea y sale de casa.

Va camino de la estación de bomberos. Como está cerca de su casa, va andando.

Llega y saluda a sus compañeros, a Manuel, su mejor amigo, que le saluda con una sonrisa en la cara, y a Sebastián, que con cara de dormido le hace un gesto con la cabeza.

De repente, suena la alarma de incendios. Los tres se meten en el camión y se encuentran con Juan, el jefe de bomberos, que les dice que ha habido un incendio en la plaza mayor y que vayan rápido.

-¿Algún herido? -pregunta Matías.

-De momento no sabemos mucho, pero una niña se ha quedado atrapada en su habitación, de esa te encargas tú -le responde Juan.

-Eso está hecho.

Ponen la sirena y salen disparados hacia la plaza. Allí ven un montón de gente gritando alrededor de un edificio.

-¿En qué piso está la niña? -grita Matías.

-¡En el tercero! -le dice Juan.

Extienden la escalera unos 30 metros y Matías se sube. Al llegar al piso, escucha una niña chillando.

-¡Tírate al suelo y ponte boca abajo! -vocifera Matías.

Va corriendo hacia donde vienen los gritos. A Matías le cuesta respirar y se da cuenta de que no tiene bien puesta la máscara. Corre para llegar hacia la niña.

-¡Aléjate de la puerta! -dice con las pocas fuerzas que le quedan.

Le pega una patada a la puerta e irrumpe en la habitación. Coge a duras penas a la niña y sale corriendo. Cuando se da cuenta de que están al lado de la ventana, le dice a la niña que baje ella primero. La niña está bajando, Matías baja un escalón, se desmaya y cae los 30 metros de altura.

No escucha nada y, de repente, ve a un hombre que parece un fantasma con un vestido blanco y que va levitando.

-¿Esto es el cielo? -pregunta Matías.

-No hombre, no -le responde el ser.

-¿Y tú quién eres? -le dice Matías con desdén, quien se siente muy triste desde que ha visto al espectro.

-Soy el espíritu de la mala suerte.

¡¿QUÉ?! -dice Matías atónito, pues no se esperaba esa respuesta. -¿Eso existe?

-Sí, y a partir de ahora vas a tener mala suerte. Al caer por la escalera has pasado por debajo, la primera regla de los espíritus como yo.

-¡Ostras, qué mala suerte! -exclama el bombero.

-¡Exacto! -le dice el espíritu -Te ha costado pillarlo- y añade- Por eso estoy aquí, procura ir con precaución a partir de ahora o pueden pasarte cosas terribles.

De repente, Matías abre los ojos y se encuentra tumbado en una cama blanca, la de un hospital. Se dice a sí mismo que lo que acababa de pasar era un sueño y no puede ser real. Ve a un médico y le pregunta:

-¿Es grave, doctor?

-Buenos días, bromea el médico sonriendo- Es una tontería, mañana te irás de aquí seguro.

Pasa un día cansado con algunas visitas de sus amigos y de sus familiares. Al llegar la noche, se duerme pronto.

De repente, se despierta. Tiene mucho frío y ve que la ventana está abierta. Él recuerda haberla cerrado, pero se levanta y va a cerrarla. Al llegar a la ventana, se asoma y ve que hay unos chavales de unos dieciséis o diecisiete años alrededor de un coche en llamas. Siente lástima por el dueño de ese coche, pero se fija en la matrícula y ve que es el suyo. Se asoma por la ventana y dice:

-¡Eh, vosotros, ese es mi coche! -suelta una palabrota, pero ve que se van los adolescentes que le habían prendido fuego al coche y se extraña de que no lo hubiese visto nadie más.

Se da por vencido y vuelve a la cama. En su sueño no paran de repetirse las palabras 'mala suerte', pero se despierta y le duele mucho el cuello.

Va el médico a la habitación y le dice que ya puede irse. Matías se viste y se va del hospital. En la calle pide un taxi y le dice que vaya a la estación de bomberos.

Al llegar, va hacia Manuel y le saluda.

-Menuda torta te pegaste, colega -le dice su amigo.

Llega Juan, saluda a Matías y le dice que tiene que ir al parque a rescatar a un gato que se ha quedado en la copa de un árbol.

Matías piensa que es una misión estúpida, pero que al fin y al cabo alguien la tiene que hacer. Coge el camión y va hacia el parque.

Ve a una anciana bajo un árbol, coge su escalera y va hacia allá. La extiende, se sube y coge al gato, y cuando se dispone a bajar se cae y aplasta al gato.

Observa al gato y ve que tiene la pata un poco torcida. Se lo entrega a la anciana, que le mira con cara de desprecio y se sube al camión. Ya es tarde, así que va hacia su casa.

Pide comida, cena una pizza y se va a dormir.

Sueña y vuelve a ver al espíritu de la mala suerte, pero esta vez, en lugar de sentirse triste, se siente más contento.

-¡Qué alegría verte! -dice Matías con ironía.

El espíritu suelta a una carcajada y le dice:

-Pues te tendrías que alegrar, porque al caer por la escalera mientras salvabas al gato has caído encima suya y le has pasado la mala suerte a él.

Matías duerme.

Javier Artiaga Burillo

14 años

COLEGIO DE FOMENTO AITANA

Torrellano (Alicante)

